

Promesa de día

Prosa poética por Carmen Lucia Perdomo Pantoja

Ya sopla ese rumor del viento, rumor del viento que trae el alba, que sacude árboles, tejados y camas. La luz de luna se despide tímida, pues ha llegado a quien el cielo añora, o más bien a quien los hombres claman, ese fulgor de fuego que enciende la más sosiega calma, que pinta el día, el mundo y las almas.

Es un nuevo amanecer, en esta grande e incansable ciudad, que como monstruo enorme se despierta poco a poco, se sacude como perro adormilado mientras simula, como sus habitantes, en un retozo falso volver a acurrucarse, pero no, porque su alarma ya ha sonado, las furtivas aves de la urbe ya han cantado.

Hay horas sin usar haciendo fila en el reloj, al menos 18 de ellas esperando hacer que el día valga. Y hay tantas rutinas, tanta cotidianidad, como peces en el mar, como espíritus en esta metrópoli irreal. Se encienden luces, rumor de pasos, murmullos y cuchicheos, aquí, a lo lejos; arriba y abajo, y de repente el crujir de las tuberías, corre el agua que alimenta a cada pequeño reino, se escuchan hablar a las entrañas de cada hogar, pequeño o grande, feliz o infausto; Y es que no solo los hombres se han levantado, cada edificación está ya saludando.

A desayunar, los habitantes por tandas se van sentando, familias, amigos, conocidos y muchos así sin más en solitario, aunque todos ellos se acompañan, muchos no se han enterado; se carrerean y se dan palabras de aliento, aún sin nadie a lado. Y es que en la ciudad nunca se está del todo solo, se permanece conectado. Un portazo del vecino, avisa que ya son las siete, se ha hecho tarde, aunque puede que aun sea temprano, para estar presentes, o quizás ausentes. Cada ruido fuerte, es una gradual alarma, que lentamente nos va anunciando, que se llega el tiempo, el agitado momento, de abandonar el hogar, para salir al mundo, a fundirnos con la ciudad.

Y muchas veces me he preguntado ¿qué es lo que hace al hombre abandonar su nido, el calor de sus hogares, la tibieza de sus camas, qué nos motiva, qué es eso que salimos a buscar? Recién lo he entendido , que lo que hay afuera le da un valor, más no sentido a nuestra existencia, nos convierte en parte de un todo, y de alguna manera nos remunera por ello, por atrevernos a dejar lo que reconocemos como nuestro, para enfrentarnos a la rudeza aguda, ajena y propia, de la urbanidad.

Pero... si es únicamente valor, lo que podemos encontrar afuera ¿dónde es qué está el sentido de nuestra vida...?

¡Oh sí, mira que he sido algo ingenua! Ya veo que ése se queda en casa, allí, celosamente guardado, bueno o malo, puro o impío, el sentido de nuestra vida se contiene en *nuestros* espacios, cual tesoro de piratas, allí lo vamos ocultando, para que después de cursar los mares y los ríos de esta enorme ciudad, podamos volver a ello y con su riqueza llenarnos; sí, el sentido de nuestras vidas es un tesoro, que yace oculto entre nuestros muros, contenido por una edificación, que no puede ser cualquiera. Allí en secreto mora, permanece oculto y seguro, aguardando, aguardando que se desgasten las horas del día, para poder volver a abrazarnos. Y es por eso, que en el abandono diario de cada hogar, el cierre de cada puerta, lleva una promesa impresa... -nos vemos al rato, mi casita-.